

CICLO B

TIEMPO DE ADVIENTO

IV DOMINGO

Estamos en el último domingo del Adviento, que nos sitúa en las puertas de la Navidad. Nuestra Credo reafirma el contenido del Evangelio que hoy se proclama: "Creo en Jesucristo su único Hijo Nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. Nació de Santa María Virgen". El Catecismo de la Iglesia Católica (483) explica que la encarnación es "el misterio de la admirable unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la única Persona del Verbo".

Ya el profeta Isaías había hecho este anuncio: "Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel" (7, 14). Esta promesa tendría cumplimiento en la Encarnación del Hijo de Dios en las entrañas virginales de María. Ante el anuncio de que iba a ser madre, María preguntó: "¿Cómo será eso, pues no conozco varón?". Ella, sin dudar de la omnipotencia de Dios, quiere solamente conocer la forma de su realización.

"El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Evangelio). María la Virgen concibió en su seno por obra del Espíritu Santo, es decir, por obra del mismo Dios. El ser humano, que comienza a vivir junto a su corazón, toma la carne de María, pero su existencia es obra de Dios. Es plenamente hombre pero también es plenamente Dios. El hecho de que María concibiera permaneciendo virgen atestigua que fue Dios quien tomó la iniciativa y revela la divinidad de Jesús: "Por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios" (Evangelio).

También podemos aplicar a María las hermosas palabras de Juan Pablo II sobre el vínculo vital y la influencia recíproca entre el niño y su madre ya en el seno materno: "La madre, ya durante el embarazo, forma no sólo el organismo del hijo, sino indirectamente toda su humanidad". No se debe olvidar –seguía diciendo– "la influencia específica que el que está para nacer ejerce sobre la madre".

También "este Evangelio nos muestra toda la grandeza del alma de san José" (Papa Francisco). Ante sus dudas ("Antes de vivir juntos resultó que ella esperaba un hijo, por obra del Espíritu Santo"), el ángel del Señor le dio la misma respuesta: "la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo" (Mt 1, 18-20). Y José creyó. En las ceremonias de boda en tiempos de María y José había dos momentos: el primero en casa de la novia, donde se hacía el contrato de esponsales, los esposos bebían de la misma copa de vino y se pronunciaba una bendición; María era ya la "mujer" de José (Mt 1, 20.25), aunque la novia seguía viviendo en casa de sus padres. En un segundo momento, después de un tiempo (hasta varios meses), la novia con su acompañamiento se dirigía a la casa de la nueva familia, donde la recibía el esposo. Entonces comenzaban las fiestas de boda con todos los invitados, como en Caná. El de José y María fue un verdadero matrimonio, no una apariencia. Pero fue un matrimonio virginal: por especial gracia de Dios, José y María recibieron el don de la virginidad y la gracia del

matrimonio. María "fue Virgen al concebir a su Hijo, Virgen durante el embarazo, Virgen en el parto, Virgen después del parto, Virgen siempre" (San Agustín).

"Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Fue la respuesta sencilla y audaz de María. Este sí "implica a la vez la maternidad y la virginidad" (Benedicto XVI). Y el Papa Juan Pablo II decía: "El "sí" de María y de José es pleno y compromete toda su persona: espíritu, alma y cuerpo".

San Agustín, comentando el evangelio de la Anunciación, afirma: "Cree la Virgen en el Cristo que se le anuncia, y la fe le trae a su seno; desciende la fe a su corazón virginal antes que a sus entrañas la fecundidad maternal". Y añade: "Más bienaventurada es María al recibir a Cristo por la fe que al concebir en su seno la carne de Cristo". El Concilio Vaticano II dice: "Con razón, pues, creen los santos Padres que Dios no utilizó a María como un instrumento puramente pasivo, sino que ella colaboró por su fe y obediencia libres a la salvación de los hombres".

La respuesta de María manifiesta una actitud muy propia de la piedad del Antiguo Testamento: libre sumisión a Dios, abandono a su voluntad y plena disponibilidad en favor de su pueblo. María "se entregó totalmente a sí misma, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo. Con él y en dependencia de él, se puso, por la gracia de Dios todopoderoso, al servicio del misterio de la redención" (Concilio Vaticano II).

La Virgen María, también San José, encarnan el modelo perfecto de cómo hay que recibir al Señor: con fe, generosidad y con plena disponibilidad, abriendo nuestra existencia al amor de Dios.

MARIANO ESTEBAN CARO